

# MÚSICA

HÉCTOR MANJARREZ



No recuerdo si fue a Fontainebleau o a Versailles (Francia se me ha vuelto muy borrosa), supongo que más bien a Fontainebleau, por allá de 1967, que me honró Henryk Szeryng con invitarme a un recital que Nadia Boulanger y él brindaban en beneficio de alguna causa.

Me puse mis mejores ropas, que eran muy pobre cosa para tal ocasión, tal escenario, viajé en coche con personas que no recuerdo, y me miré de refilón, como tutti quanti, en los grandes espejos de aquel palacio. Naturalmente, había mucha gente de gusto y dinero, melómanos todos. Había también diversas jovencitas exquisitas, unas muy carnales y otras no, todas con ese aire de espiritualidad inefable que suele envolver a muchas instrumentistas, antaño musas.

Había champaña, muy bueno, de una nobleza que retintineaba de los ojos a los dedos gordos del pie. Conmovido por el fasto y la hermosura del edificio, me puse a pensar en los reyes y las reinas y los pares de Francia, país que ejemplariza, como ninguno, la idea de realeza. Me llegaban a la mente imágenes películescas y teatrales, personajes atildados y empolvados y empelucados, y Marin Marais y Rameau y los Couperin haciendo una divina música laica, y algún *philosophe* sonriéndole a Madame de no sé cuántos...

Y yo, que no era ni rico, ni famoso, ni músico, ni filósofo, ni nativo, tenía la dicha de contarme entre los que deambulaban por los salones de Sus majestades, bebiendo champaña, mirando con pasión a las jóvenes y con deseo a muchas que no lo eran.

Me dije que jamás olvidaría ese momento, y fue cierto, aunque por desgracia los detalles de los jardines y salones, las características de las personas, y las piezas con que nos obsequiaron Madame Boulanger y Szeryng, se me han borrado.

Recuerdo muy bien, sin embargo, un precioso sol de principios de tarde que entraba por las grandísimas ventanas encortinadas, al pie de varias de las cuales había algún imponente sirviente; un sol que destellaba por el suelo brillantísimo. Era a fines de primavera, en uno de esos días de junio en que todo reverbera, todo parece cobrar sentido, y la grandeza arquitectónica de

Francia y sus fértiles y clásicos campos forman un continuum que parece que fuera perfecto desde siempre y es sin duda eterno en tanto medida de una increíble gracia racionalista de los seres humanos. El hechizo encantador de la Francia, femenina, volvió a penetrarme completamente, como cierta jornada transcurrida en la catedral de Chartres, como mis primeros tres meses en París, *l'ensorcellement*.

Uno de los discípulos de la divina Boulanger, mi mejor amigo, me presentó con ella. Mientras oía a Etienne decir que yo era "aquel amigo extravagante con el que vuestros discípulos nos emborrachamos en el bistró ruso", mis ojos se hundieron en los de la gran dama de la música —como dalai lama—, ojos de una tranquilidad y generosidad como nunca he vuelto a ver. Los ojos de Szeryng eran brillantes, observadores, apasionantes, pero de los de Madame Nadia parecía dimanar toda la espiritualidad de que podemos ser capaces.

Ella —la hermana y maestra espiritual de tantos grandes músicos de nuestro tiempo, empezando por el único Dinu Lipatti— me tomó la mano derecha entre las suyas, mirando con afecto al fondo de mi alma, sonriendo, y me dijo:

—La juventud es maravillosa, y más con amigos como ustedes lo son, mon ami.

—Oui, madame —le dije, aunque lo que me nacía era decirle *Votre Altesse*—. Amigos como no hay otros.

—Et tu n'es pas musicien, c'est bien dommage!

Le sonreí desde la suela de los zapatos hasta la punta de la oreja y, besándole la mano, me retiré, muy preocupado por no tropezar, entre las miradas indulgentísimas de la distinguida concurrencia.

Desde entonces, cuántas veces no he recordado esa frase: "¡Y no eres músico, qué pena!", tuteándome. Si mi amor por la música me hubiera llevado en la infancia, o en la pubertad, a algún instrumento, tal vez habría tenido el altísimo privilegio de redondear mis estudios en la escuela de esa reina del espíritu y la música que fue Nadia Boulanger.

Ahora recuerdo: el recital era en beneficio tanto de

los jóvenes alumnos como del cuidado de los antiguos instrumentos de su escuela.

En aquel palacio donde todo esto sucedía, los músicos que hoy veneramos como semidioses solían ser tratados por la realeza, todos lo sabemos, como criados y cortesanos. Ahora, los músicos eran las altezas. Serenísima, inefable, Boulanger, de apellido banal, panadero. Eléctrico y exquisito, Szeryng, quien —luego de que seis mayordomos de guante blanco nos convocaron a palmadas— con su cortesía inolvidable dijo unas palabras agradeciendo a Nadia, al Patronato, a la Escuela, a los directivos de ésta, al ministro tal, al conde tal, al banquero tal, a madame de quelquechosa, al alcalde y la alcaldesa tales, a los representantes de aquello y lo otro, y muy especialmente a sus invitados, cuyas presencias lo honraban.

—Y en particular, a mis compatriotas mexicanos que nos acompañan.

Los siete u ocho connacionales nos ruborizamos de gusto. Szeryng, polaco de nacimiento, universal de los grandes universales, siempre que podía manifestaba que era mexicano naturalizado por elección y con pasaporte diplomático honorífico. A Henryk, si me atrevo a llamarlo así por una vez, le conmovía lo que México había hecho por cuatro mil polacos que ningún otro país quiso recibir, y quería que eso se supiera, se entendiera, como desde luego su agradecimiento por todos aquellos que ayudaban a La Música, y antes que nadie y por encima de todos, a Nadia Boulanger, que le había hecho el honor de escogerlo este año para la ocasión.

—Qué bueno que pudo venir —me dijo Szeryng cuando me acerqué a presentarle mis respetos, minutos antes de tener mi mano entre las de Mme Nadia—. ¿Cómo está su padre? Lo vi hace menos de un mes.

—¡Entonces usted sabe más que yo, don Henryk! —ref, y él me tomó del antebrazo con aquella gracia, sencillez, que algunos otros músicos tuvieron, pero perdieron cuando también a ellos el mundo se les puso a los pies.

—Está muy bien —me informo—. Ha bajado de peso y se ve mejor. Mire, le presento a una amiga que es muy bella, como ya habrá usted visto, y que será una gran violinista.

—On se connaît —atajó sonriente Marie-France.

Szeryng nos miró beatíficamente, con un “¡Ajá!”, y se marchó a afinar su instrumento con un clásico:

—Au revoir les enfants!

Algo que fue terrible es que poco después me pareció verla enzarzada, a Marie-France, en un cortinaje con un hombre, que me pareció que era Henri, el cual le besaba y le quería comer los pechos escotados, magníficos, apesados y revelados por aquel inaudito vestido, sencillísimo, blanco perla, que su abuela le dio cuando se dio cuenta de que su propio cuerpo volvía a deslumbrar al mundo en la persona de su amada nieta.

Marie-France era bella y dotada y noble, todo lo cual se reflejaba en su rostro extraordinario, a la vez aristocrático y distraído; y me volvía loco desde hacía dos meses, y tenía una *gorge*, como dicen los franceses, prodigiosa, dos senos periformes en los que cabía toda la gracia indescriptible del busto femenino, dos peras suspendidas de encantadores pezones rosados, a los que desde el cielo tendía sendas líneas Hera misma.

Entre sus pechos, pendía sobre el esternón el broche, el rubí engastado en bronce que en otra ocasión excepcional Marie-France había portado. (Tocaban Rubinstein y Oistrakh... Etienne y yo aquella vez la llevamos a la sala de conciertos y después, mientras reinaba con esplendor y delicadeza en el círculo familiar y los aledaños, la vimos con binoculares prestados, desde hasta arriba de la sala, un poco tocados de hashish, fascinados por su porte, del cual el busto, además del cuello, el cabello y los ojos, es parte tan importante.

—Es exquisita, qué más te puedo decir —dije.

—Es divina; lo que el buen dios nos prometió... Y además, lo sabes mejor que yo, qué violinista... Ya quisiera yo tocar el piano como ella el violín.

—Me gusta cuando ustedes dos tocan juntos.

—Merci! —exclamó.

—No se entienden, pero el andar buscando cómo siente el otro acaba fascinando al que los escucha.

Etienne se río:

—Es a-go-ta-dor. Acaban doliéndome los hombros.

En el intermedio, de pronto recordé algo y lo comenté:

—En México a la gente malvada, la gente “mula”, mucha gente le dice que es “música”.

Etienne se río:

—Conozco muchos músicos así.

Me acuerdo que los amigos varones hablábamos de Marie-France-Louise como “Enfin la Satie” y “Pear-shaped”, por aquello de que tenía “deux exquis morceaux en forme de poire”, dos exquisitos trozos en forma de pera, como las peras adentro de la botella de aguardiente *poire*, pero más carnales y más sublimes, etc; a sus espaldas, también la llamábamos “Princesse” y “La genio”.

Marie-France era uno de esos seres excepcionales que Europa ha venido labra y labrando desde poco antes del Renacimiento.

—¡Oh Europa! —como llamé un día a Marie-France, caminando por la isla más hermosa del mundo, la île Saint-Louis.

Marie-France me tomó del antebrazo, y nos reímos; toda aquella tarde fue simplísima y extrañísima. Creo que fue la primera vez que pensé que entendía la vida, en el sentido de quererla y entenderla.

Después, pasó el tiempo. Varias semanas.

Y una tarde, volví a ver a Marie-France, en Fontainebleau.

Y como siempre, Etienne y yo nos sentamos juntos, aquel après-midi, en el recital de clavecín de Boulanger y violín de Szeryng.

—Los ricachones siempre quieren estar cerca de lo excelso, de lo inaudito —me susurró Etienne, sobresaltándome—. ¿Has visto qué ropas y qué joyas?

Me había dado cuenta; pero no tanta.

—Salvo los mexicanos, los músicos y el señor alcalde y su señora, y tú y yo y los alumnos, entre todos los asistentes, hombres y mujeres, cada uno trae puestos arriba de dos mil dólares —agregó.

Me sonreí; Etienne me enseñaba muchas cosas, no sólo sobre música y Francia. Nos reíamos el uno del otro y nos tuteábamos, no como con Marie-France, con quien el trato, el teatro, era de "Vous", como si ella fuera una prima de mejor familia y más dotada y de mayor edad, cuando lo último era perfectamente falso.

Y, por lo demás, era delicioso, encantador e inteligente hablarse de "Vous", como personajes de Mari-vaux, o muchos burgueses de aquella época.

No recuerdo qué interpretaron nuestros anfitriones, de Bach y Monteverdi y otros, pero fue todo lo que esperábamos, y más; la música. Reina del mundo y de todas las demás esferas, encarnada en sólo dos personas y sus instrumentos, en el interior de un palacio donde la realeza, la nobleza, los ministros, los mariscales, los cardenales tal vez, los Gardes des Sceaux, y cortesanos y literatos filósofos, y los músicos, todos y cada uno seres de la calidad más sublime y más dramática, solían cagar y mear, según cuentan las crónicas, detrás de las cortinas; y nosotros allí mismo escuchando, siglos después, sintiendo, pendientes de cada nota, de cada movimiento y cada gesto de los dos maestros, e inhalando la majestad del espíritu y la cálida precancalia de junio.

Mirando desde mi silla a Boulanger y Szeryng, de porte tan noble ambos, tan plástico, tan sencillo, tan queribles, tan admirables, tan asombrosos, y oyéndolos entregados a sus instrumentos, se me revelaba la profundidad de palabras francesas cuya fuerza hemos olvidado y tan sólo usamos como un referente casi sin contenido, útil por ausencia: *délicat; exquis; précieux; divin*. Con músicos como ellos dos, inspirados como ellos, era evidente que lo sublime tenía lugar muchísimas veces al año, en lugares distintos.

Bach mismo (cuyo apellido es Arroyo o Río), en esa *démeure*, ese palacio, cuando lo escuchábamos no parecía que hubiera escrito sus escalas para la sublime excelencia y gloria y presunción de Dios, sino haberse servido de él para honrar la infinita, la pletórica gracia de la música, la más bella de las artes, la madre de todos los dioses, y de las alturas y profundidades, en cuyos nombres Szeryng y Boulanger hablaban, con sus distintos instrumentos, frente a nuestras miradas devotas, nuestros cuerpos quietos, nuestras almas embelesadas, como se decía antes.

Y nosotros escuchábamos, escuchábamos esperando que nunca concluyeran los dos músicos, porque hay veces que el tiempo efectiva, palpablemente se detiene, y la muerte se va a su covacha, y transcurre un hato de ángeles sobre unas doscientas y tantas personas, y los jóvenes arden en deseo y sublimidad, y los alcaldes y los banqueros están conmovidos, y los coches no tocan el claxon, y los árboles llaman a las personas que los escuchan, y Szeryng se acomoda el pañuelo, y Boulanger se mira las manos, y el rubí está en el nicho del esternón de Marie-France, y estamos en el Barroco, y hay un profundo silencio en la congregación, y suenan las primeras y las segundas notas, y Marie-France y yo nos guiñamos al tocar Szeryng cierto acorde de una de las Partitas, y afuera los caracoles levantan los ojos para oír, y los camiones circulan a buena velocidad y tranquilos, y el panadero y el carnicero y el periodiquero, cuando la oyen, como todos, aman la música, como el que más.

Luego, los músicos callaron.

Los que mirábamos y escuchábamos y sentíamos y envidiábamos y admirábamos, alargamos nuestro silencio, nuestro asombro, antes de estallar de agradecimiento, en un aplauso, un aplauso a la vez fortísimo y delicado, que apenas si expresaba, aunque muy sinceramente, lo que aún sentíamos.

Luego los miembros de la congregación empezamos a desmoronar poco a poco nuestra pequeña multitud, excepto unas diez personas, entre ellas Etienne, quien me indicó que permanecería solo unos largos instantes, en su asiento.

Fui saliendo, asombrado. Boulanger, Szeryng, Monteverdi, Bach... Y yo, que era un muchacho.

Necesitaba moverme, ya no me cabía el cuerpo en el alma.

Busqué a Marie-France ("¡qué nombre!", como decíamos todos los amigos), entre la maraña de cuerpos bípedos y elegantes que se sonreían, como flamencos rosas sobre una pata antes de levantar el vuelo, y la encontré bastante cerca, aunque luego de varios minutos, y afortunadamente sola.

—Marie, ¿podemos salir al jardín?

—¡Esperemos que no lo hayan cerrado! —dijo.

—Hay unos señores allá afuera.

—Tal vez no son invitados, sino mayordomos, pero vamos.

Sí, eran empleados de su majestad el Estado francés, en efecto, pero nos dejaron salir a los jardines, dado que aún faltaban trece minutos (*Loi du 15 juillet*) para que los manes les hicieran apresurar nuestra salida.

Dimos catorce pasos o así, nos detuvimos, nos miramos a los ojos, sentimos el peso ligero del aire, nos tomamos de ambas manos como amigos, como enamorados, como camaradas, y como cantantes de ópera, sí, pero del Rameau de *Les Indes galantes*, ópera-ballet, cortesía y exquisitez, armonía y flautas y cuerdas.

Nos encontrábamos en uno de los lugares más soberbios y elegantes del planeta, como antaño tantos otros personajes de mayor nota, y echamos a caminar suavemente, a algunos pasos de un pabellón de juegos o de amores, como si oyéramos de verdad los acordes del célebre "Air pour les amants et les amants", e íbamos mano en mano, que es el gesto más bello que existe.

Con Malicia, con frescura, con delicadeza y con no sé cómo llamar ese algo más, Marie-France, la nativa, me preguntó:

—¿Quería decirme algo, mon ami?

—Sí...

—Oui?

—¿Quería acostarse conmigo?

—Coucher avec vous? —me preguntó—. ¿Por?

—Porque la deseo enormemente y creo que podría amarla como a nadie.

—¿Es una razón? —se mofó ella con simpatía.

—No, no. Son dos razones —le dije; dispuesto a no dejarme atrapar en casi ninguna falacia racionalista.

—Son dos razones, en efecto, ¡pero la Razón está del lado de los hombres, mon vieux!

—Pero tiene nombre femenino —yo a mi vez.

—¿Y el raciocinio?, ¿de quién es?

—No sé. ¿De quien usted quiera!

Pero ¡no se enoje, mon ami! —me sonrió.

—No me enoje, sólo me exaspero...

Marie-France se detuvo y me miró a los ojos:

—Permítame darle un beso en los labios.

—Sólo si contesta mi pregunta.

—C'est parfaitement juste —y me tomó la nuca con delicadeza, y me miró a los ojos como uno quiere que lo miren cuando ama, y puso sus labios sobre los míos como si estuviera imprimiendo su carnosidad, sus estrías en un papel perfumado de antaño.

Enlazamos los brazos, silenciosos; miramos los jardines, el pabellón, el bosquecillo, la ausencia de otros.

—La respuesta es: sí, me gustaría; aunque no sé cuándo —dijo en voz baja, como un secreto.

—¿A causa de? —pregunté delicadamente.

—Lo que quiero decir es que no lo quiero hoy; pero, ¿sabe?, bien puede ser mañana a las siete; pronto, en todo caso —hizo una pausa—. Me siento muy, muy unida a usted, mon ami.

Entendí, experimenté y agradecí que cuanto decía era cierto.

Seguíamos mirando de frente, como si cantáramos nuestras palabras ante los reyes y los filósofos y la corte.

—¿Cómo lo tomará Etienne? —pregunté, asustado, después de varios instantes.

Marie-France tardó en decir esto:

—No lo sé. Es más su amigo que mío. Pero me preocupa mucho. Es la persona más cercana que tiene usted... y yo también.

—De vous aussi? —pregunté.

—Sí. Mía también.

Unos guardias aparecieron en ese instante y nos azudaron hacia la salida con un clásico:

—Monsieur-dame, se les ruega...

Al volver, cercanos y sin tocarnos, al maravilloso recinto, de repente un poquito banal, como museo que cierra, como sala de conciertos donde ya casi se afana el servicio de limpieza, y donde quedaba poquísima gente, encontramos a Etienne con las gabardinas y la chalina en el brazo izquierdo (que por cierto era el más fuerte ante el piano).

Mi amigo estaba harto y enfurruñado; pero —como siempre— sonreía pícaramente.

—Monsieur-dame —dijonos—, ya estaba sintiéndome como el piano brillante que se queda sobre sus tres patas fijas y se pregunta: ¿qué hacen el violín y el cello, están juntos?, ¿me he quedado solo?, ¿ya no somos un trío?, ¿hoy fue el último día de la música y lo sublime?, ¿es decir, la temporada ha cerrado?

Marie-France, ante esas preguntas tan bien sentidas, memorizadas y recitadas, soltó una pequeña risa argentina, diáfana, cogió la chalina y se la puso en los hombros y el cuello, como despidiéndose, como protegiéndose, y empezó a caminar hacia la salida.

Porque yo no lo miraba a él, no sé si Etienne me miraba a mí.

Vimos alejarse a Marie-France con esa sencillez para caminar tan suya, y la seguimos, hombro con hombro —es decir, hombre con hombre— y brazo en brazo.

Y Etienne y yo, que con profusión creíamos en el amor loco surrealista tanto como en las reglas áureas del clasicismo, y no teníamos mujer y creíamos que no podíamos existir sin mujer, y codiciábamos la vida, seguimos a Marie-France, sin despedirnos de los rezagados, quienes se resistían a salir del palacio y seguían propinándose parabienes y cortesías, como cuando se habitaba aquel magnífico palacio.

Todos nos sentíamos aún ennoblecidos, estimulados por la música, la arquitectura, el clima, la embriaguez, el pasado, el presente y tal vez el futuro.

—Au revoir! —exclamaba la extraña Marie-France, más carnal, espiritual y graciosa que nunca, y como más adolescente también, cual si acabara de descubrir lo que somos los hombres (cosa que yo nunca sabré), mientras se dirigía al viejo Bentley blanco de su madre; la cual nos enviaba, como siempre, su sonrisa y un beso encantador, al que respondimos con sendas caravanas.

Y nuestra amiga se subió, y aquel coche majestuoso partió, muelle y veloz, y Etienne y yo, bajo el cielo límpido, nos quedamos como estatuas de Giacometti; y con los brazos, su derecho, mi izquierdo, entrelazados, ¿saben para qué?, para sentir, como piel con piel, todo nuestro cariño y apego, y para impedir que cualquiera, conscientemente o no, fuera el primero en traicionar. ❧